1.

—Cierra la puerta y siéntate.

Algo iba mal. Durante algunos segundos Faith se quedó de pie en el centro del austero despacho con los ojos fijos en la expresión de pesar y en el malestar que le causaban las palabras que se estrujaban en la boca de su jefe. La fina película de sudor que perlaba la frente de Garland Buchanan, desprovista de pelo como el resto de la cabeza, era un claro indicador de que su situación privilegiada, de la que había disfrutado desde que llegó a *World Now*, iba a sufrir un cambio drástico.

Ya había escuchado rumores acerca de los recortes que los propietarios de la revista estaban dispuestos a hacer para reducir gastos. También se hablada de posicionarse en un mercado diferente, más competitivo, que requería un punto de vista más serio, más profesional. Pero cada cierto tiempo surgían esos fantasmas que susurraban *sottovoce* aires nuevos y que, al final, se quedaban en simples cotilleos y temores infundados. Sin embargo, las nuevas directrices a la hora de dirigir las publicaciones y de plantear el enfoque de los reportajes habían hecho sonar algunas alarmas.

La visita de los socios europeos semanas atrás y las diferentes reuniones que los jefes de sección mantenían a últimas horas del día en los despachos de la planta superior, habían instalado en las oficinas cierto tufillo de desconfianza que cada día se hacía más intenso.

Faith se agarró al respaldo del sillón giratorio que quedaba frente a su jefe y lo movió con inusitada lentitud hasta que se sentó en él; encaró la mirada turbada del hombre para el que había trabajado desde que regresó de Japón, hacía ya tres años.

—Estás despedida —anunció Buchanan con contundencia. A continuación, depositó el artículo que Faith le había dejado sobre la mesa la tarde anterior y se cruzó de brazos a la espera de una reacción.

—No puedes estar hablando en serio. —Lo miró con los ojos entrecerrados mientras entrelazaba sus manos para detener el temblor que las acechaba. No se dejaría llevar por la presión, era una profesional y no permitiría que la mirada impactante y la gravedad del semblante de su jefe la intimidaran.

—Te lo advertí. Te dije que reconsideraras tus opciones y no me has hecho ni caso. —Garland se aclaró la garganta antes de continuar e hizo un esfuerzo por no levantarse de su sillón e ir en pos de la mujer a la que quería como si fuera su propia hija. Podía ver lo vulnerable que era, pero también la fortaleza que la ponía en pie cada día; y por eso había apostado por su talento. Pero Faith parecía no entender que, si no cambiaba de actitud, el puesto de ambos peligraba—. Son los propietarios los que han impuesto este cambio no yo. Aunque no creas que me siento muy en desacuerdo con ellos. Los lectores han cambiado, los intereses también. *World Now* se mueve en un mercado más selecto, más desafiante, más interesante —le explicó al tiempo que alcanzaba el último reportaje de Faith y lo agitaba delante de sus narices—. Esto es basura comparado con lo que sabes hacer, así que no me mires así.

Sorprendida por la dureza de sus palabras, abrió los ojos y siguió el recorrido que su trabajo hacía antes de caer sobre la mesa. Jamás había recibido queja alguna acerca de sus reportajes. Estaban bien documentados, contaba con las fuentes más rigurosas y aportada datos contrastados y las opiniones de los expertos de referencia. Se dejaba la piel en cada uno de ellos, a veces literalmente, pensó al ver la quemadura que tenía en la muñeca, producto de uno de sus estudios de campo. Era exigente en su forma de pre-

pararse y exponía la información con un estilo impecable. Pero no era suficiente.

—No te atrevas a descalificar mi trabajo de esa forma, Garland.

—¡Son artículos de belleza, por favor! —exclamó con demasiado ímpetu.

—¡Esa es mi sección! ¿De qué pretendes que escriba?

—Te pedí ideas, Faith. Esta mierda la pueden encontrar en cualquier revista sensacionalista —le espetó enfurecido. Tomó de nuevo el artículo y negó con la cabeza repetidas veces—. ¿*Alternativas al bótox*? *Las verdaderas ventajas del ácido hialurónico*. ¿De verdad crees que esto es periodismo serio?

—Me ofendes.

—¡Y tú me tomas por tonto, Holland! Si crees que voy a tragarme que esto es lo mejor que se te puede ocurrir es que te has vuelto loca. —Incapaz de estar sentado por más tiempo, Garland se puso en pie y se dirigió al ventanal que ofrecía las mejores vistas de Seattle de todo el edificio. Le dio la espalda para no tener que ver cómo se humedecían los ojos de Faith y esperó a que el estallido austero, directo a herir su orgullo, surtiera el efecto deseado.

—¿Qué te hace pensar que no lo es? ¿Qué te hace pensar que hay algo más para lo que pueda servir? —preguntó casi en un susurro—. Tal vez apostaste demasiado por mí. Ya ves que no soy lo que esperabas.

Ella también se puso en pie y, con los hombros hundidos, caminó hacia la puerta sin tener nada más que añadir. Recogería sus cosas y en un abrir y cerrar de ojos estaría fuera de la revista que había sido su casa durante los últimos tres años.

—No, no eres lo que esperaba —respondió cansado antes de que abandonara el despacho—. Eres mucho más, Faith Holland, pero aún debes darte cuenta.

—¿Qué quieres de mí, Garland? —Se revolvió con furia, mostrándole la rabia que le provocaban sus insinuaciones, pero también las lágrimas que contenía a duras penas.

—¡Quiero esto! —gritó el jefe Buchanan al tiempo que tomaba de uno de los cajones una carpeta cargada de papeles y la lanzaba con furia contra la superficie del escritorio. Después de la primera siguieron algunas más hasta que el montón se derrumbó a un lado de la mesa—. ¡Quiero todo este talento en las páginas de mi revista!

Varios papeles amarillentos escaparon de las tapas de cartón y planearon por el aire hasta caer muy cerca de los pies de Faith. Los ojos color miel de la periodista no pudieron evitar fijarse en las hojas de revista mal arrancadas que tenía a pocos pasos de ella y, al comprobar de qué se trataba, se llevó las manos a la boca y contuvo un jadeo de emoción.

Eran sus trabajos anteriores. Todos y cada uno de los reportajes que había realizado junto a Darryl desde que acabaron la carrera. No le hizo falta ojear el contenido de todas aquellas carpetas para saber que Garland había estado ocupado en esa labor de hemeroteca.

Experimentó cómo su rostro perdía todo el color y el temor de abrir una puerta al pasado viajó hasta sus manos, haciéndolas temblar sin control. Cuando se agachó y alargó los dedos para atrapar aquellos recuerdos del suelo, tuvo la sensación de estar a punto de destapar la caja de Pandora. El dolor en el pecho regresó, se le olvidó respirar y la sensación de vacío, de culpa y de miedo volvió a la mente y al corazón como cada vez que recordaba al hombre al que había amado por encima de todo. Había disfrutado de los mejores años de su vida junto a la persona más maravillosa del mundo, compartiendo un trabajo que la apasionaba tanto como a él. Había nacido para ello y ese entusiasmo había muerto con Darryl cuando el destino los sorprendió.

—Quiero a esta Faith —susurró Garland afectado por el impacto que los reportajes habían tenido sobre ella.

—Pierdes el tiempo. La mujer que escribió todo esto ya no existe.

—Sé que hay heridas que tardan en curar, pero hace tres años ya de lo de Japón. No puedes continuar escondiéndote. No es justo para ti. —Se acercó a ella sutilmente, con temor a que fuera a salir corriendo. Lamentaba su dolor y conocía la pérdida tan importante que había sufrido, pero hacía tiempo que ella misma, sin darse cuenta, había dejado asomar a la sensacional periodista que llevaba dentro. Su pasión y la entrega que demostraba no era nada comparado con la luz que brillaba en sus ojos cuando los chicos de la sección de Internacional exponían sus ideas en las reuniones de cierre. A veces, incluso, estaba a punto de abrir la boca para aportar algún detalle a las explicaciones de sus compañeros, pero se detenía antes de decir ni una palabra. Estaba encerrada en una prisión de recuerdos y era la única que poseía la llave para salir—. Te estoy dando una oportunidad sin igual, Faith. Sé que la necesitas, sé que la deseas. Te miro y veo las ansias que hierven en tu interior, veo la frescura de un tiempo pasado, pero también la madurez.

—Tú solo estás viendo un fantasma.

Garland la observó con toda la seriedad que sus ojos hundidos y sus gafas, caídas sobre una prominente nariz, le conferían. El miedo era un sentimiento muy poderoso que podía hacerte más fuerte o destruirte por completo. Y si había algo claro en la expresión del rostro de Faith era que tenía un miedo atroz.

—Bien. Entonces estás despedida —sentenció y, para darle más énfasis a su declaración, recogió el montón de papeles, lo golpeó contra la mesa varias veces para poner los legajos en orden y, sin más ceremonia, lo depositó en la papelera que había junto a su silla. Era una provocación que debía dar lugar a un cambio, acción-reacción, pero no obtuvo el resultado esperado y, derrotado, continuó con sus tareas de revisión como si la conversación no hubiera tenido lugar nunca.

Faith acusó el impacto de aquellas palabras contra el pe-

cho y siguió el movimiento de la mano de Garland hasta que vio toda su vida en el fondo del cubo de la basura. Contuvo el aire a la espera de que su jefe alzara la mirada de nuevo y le dijera que todo había sido una broma, que las cosas continuarían como hasta entonces, pero cuando él la miró solo encontró la confirmación que hacía realidad lo que había escuchado.

Tuvo deseos de dejarse caer sobre el sillón y sollozar como una niña. No podía explicarle lo que sentía ni lo que suponía lo que le estaba demandando. Era consciente de que en su interior se estaba produciendo un cambio bastante significativo, uno que intentaba eludir por todos los medios, porque asumir que deseaba volver a su vida anterior, al periodismo de investigación, a la primera línea de la información, sería como faltar a la memoria de Darryl y eso no se lo podía permitir. Pero Garland tenía razón. Se volvía loca cuando David Rochester o Bobbie Boyle, los mejores corresponsales de la revista, regresaban a las oficinas después de haber estado viviendo lo que ella tanto añoraba. Y quizá no fuera muy razonable por su parte pero, entre el cúmulo de sensaciones que la mantenía sin dormir durante días, no solo había envidia, también rabia, hacia Darryl, hacia el destino mismo, hacia ella. Y miedo, un profundo y oscuro miedo.

Aquel jueves no se quedó a tomar la cerveza de rigor con sus compañeros en el bar de abajo. No estaba de humor para soportar los comentarios y los rumores que, ahora mejor que nunca, conocía de primera mano. Tampoco sería ella la que les anunciara que la habían despedido.

Ella tampoco podía creerlo, pero estaba fuera de la revista y al llegar a su modesto apartamento, en el barrio de Belltown, y divisar desde la ventana del salón el atardecer de otoño, que se presentaba igual de gris que cada día, se dio cuenta de que o aceptaba el trabajo que le ofrecían o ya podía ir pensando en buscarse otro lugar donde vivir y otro empleo con el que pagar las facturas.

La foto de Darryl la miró desde el mueble de la televisión. Se la había hecho una tarde de verano frente a los muelles. El sol quedaba a su espalda y le confería el halo angelical que se merecía pues no había mejor calificativo para describirlo. Era un ángel. Le encantaba aquella imagen. Encontraba en ella la calma que necesitaba cuando su mundo se volvía del revés. Podía pasar horas y horas con la mirada perdida en aquellos reflejos dorados que salían de su cabello negro, en los hoyuelos que delimitaban una sonrisa perfecta o en las arrugas que se formaban alrededor de unos ojos oscuros tan expresivos como misteriosos.

Ya habían pasado tres años desde que regresó de Honshu, Japón, con el cuerpo de su pareja en un ataúd. Fue el viaje más complicado que había realizado en su vida. El último viaje juntos. Y todavía sentía el vacío que había quedado en su alma cuando, por fin, sus familiares pudieron darle sepultura en el cementerio de Lake View. Habían hecho tantos planes...

Desde entonces nada había sido igual en la vida de Faith. Las personas a su alrededor se empeñaban en que hiciera gala de su nombre y tuviera fe en el destino, en el amor, en una segunda oportunidad para ser feliz, pero nadie entendía que, para ella, la felicidad había desaparecido en el preciso momento en que Darryl abandonó el mundo.

Una ligera vibración dentro del bolso llamó su atención. No había activado el sonido del móvil para evitar tener que dar explicaciones a nadie. Estaba segura de que, en cuanto la noticia traspasara los muros del despacho de Garland, algunos de sus compañeros montarían en cólera. Miró la imagen que le devolvía la pantalla y supo que a Jacob no podría esquivarlo. Con toda seguridad ya estaba enterado de la situación. Garland era su suegro y lo tenía en muy alta estima. Si no le cogía el teléfono aparecería en su casa y aporrearía la puerta hasta tirarla abajo.

—Antes de que digas nada...

—Antes de que digas nada, dime, ¿te has vuelto loca? —la interrumpió Jacob Allen con su característico tono desafiante. Los labios de Faith se curvaron al imaginarlo con el móvil pegado a la oreja sujeto con el hombro, mientras sus puños descansaban contra las caderas, en una pose muy a lo Peter Pan.

—A veces creo que sí, pero hoy no. Estoy muy cuerda, créeme.

—He tenido que soportar a un Buchanan enfurecido durante toda la comida. Y todo porque tú has decidido firmar tu suicidio laboral. Nena, sabes que *World Now* es tu sueño, ¿por qué te empeñas en joderlo todo?

—Ya sabes por qué, Jacob —respondió mientras su mirada quedaba anclada a la foto de Darryl. Le fue imposible no acariciar la imagen con la yema de los dedos, como hacía siempre que la embargaba la pena.

Conoció a Jacob Allen en un bar de copas, muy frecuentado por periodistas, en el pintoresco barrio de Fremont. Ella estaba sufriendo una crisis de ansiedad y él creyó que se había pasado con el alcohol. Cuando entendió lo que sucedía, le sirvió de apoyo y escuchó paciente la historia de Faith; aguantó la tempestad hasta que la calma regresó y ese día se forjó entre ellos un intenso vínculo que fue creciendo con el paso del tiempo.

—Eres una cobarde, Faith Anggela Holland —le soltó de repente. No permitiría que un corazón roto tomara las riendas de su vida—. Me niego a regalarte los oídos diciéndote lo buena y lo capaz que eres para este trabajo, creo que eso ya lo ha hecho mi suegro. Ni voy a darte un sermón sobre lo absurdo de tu actitud, eso ya lo sabes tú. Pero sí voy a insistir en que eres la persona más cobarde que he conocido jamás y, cuando te hagas vieja y estés sola, serás una anciana gallina y arrepentida.

—¿Alguna cosa más? —ironizó. Estaba acostumbrada a esas estrategias que siempre utilizaba para hacerla cambiar

de opinión, solo que esta vez había tocado algo en su interior que empezaba a resquebrajarse.

—Sí —afirmó con contundencia—. Milly quiere saber si vendrás a cenar el sábado, tenemos algo que decirte —añadió con un tono diferente, mucho más tierno.

—¿Estáis embarazados? ¡Estáis embarazados! —gritó al teléfono emocionada. Llevaban bastante tiempo intentando tener hijos y, aunque no perdían la esperanza, el paso de los meses y los intentos fallidos estaban haciendo mella en su ánimo.

—¡Yo no te he dicho nada! ¿Está claro? Y ya puedes mostrarte emocionada el sábado por la noche o te mandaré a cenar a la caseta de Blacky en el jardín, bajo la lluvia.

No había nadie como Jacob para sacarle una sonrisa, aunque fuera en la peor situación imaginable. En ese momento, en el que compartía la felicidad de sus amigos por la nueva vida que estaban gestando, tuvo que admitir que sentía un ápice de envidia, envidia sana, la misma que sentiría una hermana por su hermano. Miró una vez más la foto de Darryl, revivió otro de los sueños que se habían roto y se abrazó a sí misma para detener el escalofrío de añoranza que le recorría la columna.

A la mañana siguiente, cuando los tenues rayos del sol de la mañana en Seattle atravesaron la persiana de la habitación de Faith, su mente había tomado una decisión que aún no había sido asimilada por el cuerpo ni por el corazón.

Sentada en la cama, que durante tanto tiempo había compartido con el recuerdo de Darryl, había visto pasar la noche sin que el cansancio fuera lo bastante envolvente como para obligarla a cerrar los ojos. Todavía le daba vueltas a la propuesta de Garland Buchanan, también a las palabras de Jacob, y se sentía asfixiada por un dilema: ¿era mejor permanecer quieta o echar a volar?

La claridad del día fue tan cegadora como su elección.

Hacía rato que sabía qué camino tomaría, pero necesitaba sentirse en paz consigo misma y recordar con detalle todos y cada uno de los objetivos apasionantes que Darryl y ella se habían prometido cumplir. El despertador de la mesilla sonó con estridencia y puso fin al tiempo de duelo. Se dirigió al cuarto de baño con la ligereza de quien ha dejado la pena en el camino y el espejo de la pared le devolvió una imagen diferente a la que veía cada mañana.

Era hora de ponerse en marcha. Hora de continuar.